

## TRIBUNA ABIERTA

## Atacar y defender(se)



POR ANTONIO  
NARBONA

Pretender camuflar los usos lingüísticos, algunos de ellos de escasa aceptación, bajo el manto del orgullo no parece dar resultado. Quizás si se dejara de mirar sólo a *Madrid*...

EN un vídeo de un minuto, Jorge Cadaval (de 'Los Morancos'), tras declararse «andaluz por encima de todo» y ufanarse de «no haber cambiado jamás su acento», arremete contra los directores de cine, que exigen a los andaluces hablar del modo que él mismo —modificando deliberadamente su habla 'auténtica', para que se note que es 'forzada'— adopta en la frase final («yo espero que algún día, cuando un actor o actriz de Andalucía llegue a Madrid, no le pidan que hable en *castellano neutro*»), en la que realiza todas las consonantes implosivas, incluidas las dos de *actor* y *actriz*. Pero es que antes se oyen con nitidez las -s de «me encantan los distintos tipos de acentos andaluces», y hasta la -z de andaluz. No acabo de percibir si alguna vez dice *asento*, pero la c de deciros y la s de eso se distinguen claramente. Muy poca cosa, pues. Por supuesto, fuera de la pronunciación, nada. La expresión «me da coraje» no es 'propiedad' del habla andaluza.

La reacción en la red ha sido la esperable, y casi de inmediato la grabación se ha hecho 'viral' (no sé por qué sigue utilizándose este término en los tiempos que corren). Aparte de recordarse que no es el primero ni el único en 'reclamar' el 'orgullo' de 'hablar' (y sentirse) *andaluz* (salen a relucir, como siempre, el humorista Manu Sánchez y el presentador Roberto Leal), llama la atención que recurran al vocabulario bélico quienes —estoy seguro— odian la guerra. El arranque del primer *tuit* parece darle la vuelta al dicho *la unión hace la fuerza*: «mientras más nos atacuen, más fuertes nos hacen, y más nos unen».

Nada nuevo bajo el sol. Los periodistas deportivos nos han habituado a oír que «la mejor *defensa* es un buen *ataque*», que para hacerse con la *victoria* hay que *disparar* muchos *tiros* a puerta (rara vez «vacía»), etc. Lo que pasa es que si la *comunicación* lingüística no es, o no debería ser, una batalla ¿a qué viene 'enfrentar' hábitos articulatorios no coincidentes, pero ni 'mejores' ni 'peores'?

Habría que preguntarse también por qué unos 'madrileños' se creen con derecho a 'exigir' que los aspirantes andaluces se 'adapten' a 'su' pronunciación (a la postre, la acomodación casi se reduce a las -s implosivas y finales), que no puede ser *neutra* (ninguna lo es) y que sí es minoritaria dentro del mundo hispanohablante (como he dicho, es la del propio J. Cadaval, aunque no la practique regularmente). No hará falta insistir en que 'aspirar' o dejar de articular las -s o un cierto número de ellas («*loh dihtinto asento an-*

*daluse*») no 'define' el acento andaluz, pues es rasgo extendido por otras zonas peninsulares (manchegas, murcianas, extremeñas...), Canarias y gran parte de América.

No, no hay criterio para probar que un hábito fonético, por ejemplo, *sesear* (lo hace un tercio de los andaluces), es cualitativamente superior a distinguir *s/z* (más de otro tercio) ¿El 'prestigio'? Aunque las cosas han cambiado radicalmente en el último siglo, nos pueden dar una pista los viajeros (y, en menor número, viajeras) europeos que, pese al riesgo de verse envueltos en alguna aventura con bandoleros («paladines de la libertad que roban por necesidad»), o quizás buscándolo, venían a fines del siglo XIX a Andalucía, atraídos por manera de afrontar la vida, que consideraban «exótica» y creían en parte heredada de los árabes: pereza y apatía para todo lo que no sea diversión, mezcla de escepticismo y epicureísmo, de superstición y creencias, docilidad ante una Iglesia que predicaba la resignación ante las desgracias, que —al igual que la fortuna— proceden de la providencia divina... Es verdad que quedaban extasiados ante la «mirada salvaje con un punto de ensoñación» de las mujeres, y ante unos hombres «elegantes, de tez morena, rasgos nobles y varoniles, ojos admirables, frugales en la comida, famosos por sus improvisaciones, guitarras y culto al placer». Pero, cuando habían de



ABC

hacer noche en una venta, tenían que «saltar por encima de los acostados por el suelo para acceder al pajar que les sirve de dormitorio, donde, sin atreverse a desvestirse, se dedican a luchar contra un escuadrón de persistentes y despiadadas chinches». Y aunque fue el análisis de las letras de la coplas flamencas por el profesor de la Universidad de Graz (Austria) Hugo Schuchardt (*Dies Cantes Flamencos*, 1881) lo que inauguró la dialectología andaluza, de las formas de expresarse los andaluces no encontramos ni media palabra.

Cualquier cosa se puede sublimar, pero pretender camuflar los usos lingüísticos (que reflejan *toda* la realidad social, no sólo lo idealizado por ojos encandilados y mentes deslumbradas), algunos de ellos de escasa aceptación, bajo el manto del orgullo no parece dar resultado. Quizás si se dejara de mirar sólo a *Madrid*...

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA